

RESEÑAS

REFLEXIONES SOBRE UN TRABAJO DE CAMPO EN MARRUECOS

PAUL RABINOW

Ediciones Júcar, Barcelona, 1992.

Traducción de Pedro Horrillo Calderón

Serie Antropología, dirigida por Alberto Cardín.

LA ANTROPOLOGÍA SOCIAL, MÁS QUE CUALQUIERA OTRA DE LAS CIENCIAS sociales, ha desarrollado la práctica intensiva del trabajo de campo como pilar de la disciplina. Sin embargo, sólo recientemente comenzó a teorizarse sobre las implicaciones de ésta experiencia singular. El trabajo de Paul Rabinow, publicado originalmente en inglés en 1977, fue uno de los primeros y más sobresalientes intentos en este sentido.

En esta memoria de su experiencia personal –y podría decirse que única– de trabajo de campo en Marruecos, Rabinow intenta rescatar la práctica de campo de la degradación a la que, como mera recolección de datos discontinua de la producción teórica, había sido relegada hasta el momento. Una reacción en contra de esta división que asume que el trabajo de campo puede desligarse de la teoría, que la empresa de la averiguación es discontinua de la presentación de sus resultados, es la que lo lleva a escribir y publicar su reflexión personal sobre su experiencia de campo en Marruecos.

Desde la publicación del diario de campo de Malinowski en 1967, algunos antropólogos, especialmente norteamericanos, comenzaron a publicar relatos semi-autobiográficos sobre sus experiencias de campo, incorporados a sus informes etnográficos (J. O'Briggs, *Never in Anger*, 1970). Otros, en su mayoría mujeres, optaron por narrar sus experiencias etnográficas en textos de ficción (L. Bohannan, *Return to laughter*, 1954; H. Powdermaker, *Stranger and Friend*, 1967). Algunos intentaban llegar a un estado de cuentas sobre su sociedad, su cultura, su condición de género, y hasta su compromiso político (J. P. Dumont, *The headman and I*, 1978; V. Crapazano, *Tuhami: Portrait of a*

Marrocan, 1980). Otros se dirigían exclusivamente a lectores sin un particular interés en el desarrollo de la antropología (Barley, *El antropólogo inocente*, 1983). En la actualidad, cuando la ortodoxia de las etnografías clásicas ha sido cuestionada por las de aquellos que se denominan a sí mismos posmodernos –los autores del *Writing Culture, the poetics and politics in anthropology*, entre ellos el mismo Rabinow–, las narraciones personales, autobiográficas y reflexivas, comenzaron a ser consideradas como contribuciones innovativas.

En todo caso, la reflexión de Rabinow es profunda. A manera de reseña, trataré de reproducir el itinerario de mi propia reflexión a partir de la lectura de este libro, el cual considero deberíamos leer todos los antropólogos en nuestros cursos/discusiones sobre método etnográfico y teoría antropológica.

La reflexión de Rabinow acerca del trabajo de campo antropológico es doble. Es una reflexión sobre el objeto de la antropología y, al mismo tiempo, sobre el método de la antropología.

Puesto de esta manera, la pregunta principal de Rabinow en *Reflexiones sobre un trabajo de campo en Marruecos* es sobre la construcción de la relación entre objeto y método, es decir sobre lo que constituye a la antropología como disciplina social y lo que define sus límites. En este sentido, el libro puede considerarse como (algunos elementos para) una crítica de (el método de) la antropología, y como tal, como la exposición de un momento del método antropológico. Esta es la contribución esencial de Rabinow al curso moderno de la reflexión y de la discusión en y sobre la antropología.

Sin embargo, los límites del trabajo de Rabinow están establecidos por la pregunta sobre cómo o hasta dónde su libro contribuye a la construcción de un/el método para la crítica de la teoría de la *praxis* del trabajo de campo y de la reflexión en la antropología. Se hace evidente entonces, que es sólo la unidad de método y crítica lo que permite encontrar un verdadero fundamento para la antropología. Como lo muestra la discusión teórica y metodológica de las últimas décadas, la antropología y los antropólogos aún están lejos de alcanzar esta meta. En este contexto es en el que deben discutirse las *Reflexiones sobre un trabajo de campo en Marruecos*.

El trabajo de campo es considerado como la primera experiencia directa del antropólogo sobre lo que piensa o cree que

es su *objeto* de estudio. Puesto que el trabajo de campo antropológico siempre presupone una teoría antropológica, es decir, un sistema de categorías antropológicas, el antropólogo tiene, necesariamente, una idea teórica preconcebida sobre la naturaleza y los límites de su objeto científico de conocimiento, incluso antes de haber tenido su primera experiencia de trabajo de campo (y esto es necesariamente así, puesto que sin ellos no podría considerarse como tal (ser uno), y el trabajo de campo se reduciría a la recolección de datos por parte de un aventurero). En otras palabras, cuando el antropólogo comienza su *trabajo de campo*, se coloca los lentes de la *teoría antropológica (sobre el trabajo de campo)*, a través de la cual ve, define y construye tanto su *objeto*, como la forma a través de la cual se aproxima y experimenta directamente estos diferentes momentos y su propio yo. Esta trilogía, teoría (concepto), objeto y práctica de trabajo de campo, constituye una unidad y puede encontrarse también en otras ciencias sociales. En este contexto, el trabajo de campo se vuelve un momento central de la antropología en general y de la construcción del objeto antropológico en particular.

La historia de (la crítica de) la antropología, desde la etnología colonialista hasta el posmodernismo de los ochenta, muestra que la construcción del objeto y de la praxis del *trabajo de campo* ha cambiado siempre de acuerdo con los cambios en el método y la teoría. También muestra que los cambios en esta última han sido el producto reflejo de esta cambiante realidad histórica, es decir, de las condiciones socioeconómicas, políticas, ideológicas y culturales en las que el *objeto antropológico* existe y ha existido como un sujeto, es decir, como una sociedad particular, antes de que comenzara a existir como objeto para el antropólogo (e incluso antes de que el antropólogo existiera), y de que el *objeto antropológico* hubiera sido conceptualizado, construido por las diversas escuelas antropológicas de los diferentes mundos, en gran parte nacionales, determinadas por condiciones de clase y, por tanto, ideológicamente cargadas.

La tensión entre el *concepto del objeto* y el *objeto* mismo (es decir, el otro sujeto), junto con la propia historia/biografía social, económica, política y académica del antropólogo y sus anteriores experiencias de campo, son las que determinan, cada vez de manera diferente, su trabajo de campo, es decir, su motivación (el cuestionamiento), la forma y el curso del trabajo de campo en sí mismo, y la reflexión (durante y después) sobre

todos estos momentos. En otras palabras, mientras que es (la experiencia de) el trabajo de campo la que crea la tensión entre el (*pre-*) *concepto del objeto* y el *objeto* en sí mismo (es decir, el otro objetivado), la reflexión sobre el trabajo de campo —la cual necesariamente involucra todos estos momentos, incluido al antropólogo mismo—, es la que crea la unidad que hace posible el conocimiento antropológico. Aquí, el trabajo de campo (en todas sus determinaciones) se convierte en el ‘objeto’ y ‘las reflexiones sobre el trabajo de campo’ en un momento de/en el proceso de construcción teórica como tal, un momento del método antropológico, el cual permite esta unidad y hace posible el conocimiento antropológico. Juntos, *trabajo de campo* y *reflexiones sobre el trabajo de campo* son momentos en la antropología esenciales y ligados entre sí.

El carácter tentativo de la conclusión expuesta arriba establece que el conocimiento antropológico es posible. La pregunta que surge es, ¿qué hacer con este conocimiento? es decir, ¿para qué y para quién se construye el conocimiento antropológico? ¿Cuál es el sentido moral, político, ideológico, social, económico, cultural de la antropología como disciplina social?

Sin duda, las *Reflexiones sobre un trabajo de campo* pueden satisfacer la curiosidad científica del antropólogo (y darle un sentido a su vida vacía), incluso si él ha recolectado su conocimiento de manera *dolorosa* como lo hizo Malinowski, y no hay nada reprochable en torno a esto. Lo que se torna cuestionable desde todo punto de vista es que este conocimiento no tenga consecuencias sociales, políticas, económicas y culturales más allá, bien sea para su *objeto* de conocimiento, es decir, su otro objetivado como tal, o para su propio yo (moral, político, ideológico, social, económico, cultural), y para la sociedad y la comunidad científica de la cual el antropólogo es miembro.

Cuando en la práctica antropológica (teórica, trabajo de campo, reflexión) el así llamado *otro* no existe como un par del antropólogo social, es decir, como un ser humano, sino sólo como un *objeto* de conocimiento, no hay lugar para la antropología como ciencia del hombre. Más aún, ¡se la niega por este simple hecho! El uso que el antropólogo hace de su *teoría-trabajo de campo-reflexión-conocimiento adquirido*, siempre es una decisión moral y política, la cual refleja y expresa una ideología particular, que, a su vez, está articulada en un discurso teórico y en una *praxis* política particular.

Si se niegan los momentos ideológico y político en la antropología, existe un alto riesgo de que esta devenga en una ciencia formal, vacía de todo su contenido social y humano.

Los antropólogos deberíamos recordar la undécima tesis de Marx sobre Feuerbach (con algunas pequeñas modificaciones): Los antropólogos hasta ahora se han encargado de describir su *objetivado otro* (de vivir a sus expensas). Es tiempo de que se den cuenta de que lo que debe hacerse es dar al 'otro' su estatus de sujeto, poner a su disposición el conocimiento antropológico existente, y brindarle elementos para su propia afirmación como un ser social, pero también con respecto a su propio *otro*, es decir, al antropólogo y la sociedad a la cual éste pertenece. Es esta transformación *ideológica y política* la que necesariamente envuelve una crítica de la sociedad occidental dominante del antropólogo, la que los antropólogos deben trabajar y alcanzar.

MARGARITA CHAVES CHAMORRO

Investigadora

Instituto Colombiano de Antropología e Historia